

UNION INDUSTRIAL ARGENTINA

*

EL PAPEL
DE LA INDUSTRIA EN
EL CRECIMIENTO
ARGENTINO

CONFERENCIA DEL
DOCTOR RAUL PREBISCH,
PRONUNCIADA EN LA SEDE SOCIAL DE LA
UNION INDUSTRIAL ARGENTINA EL
11 DE OCTUBRE DE 1956

*

BUENOS AIRES

1956

FILE 9007

(9007)

UNION INDUSTRIAL ARGENTINA



**EL PAPEL
DE LA INDUSTRIA EN
EL CRECIMIENTO
ARGENTINO**

CONFERENCIA DEL
DOCTOR RAUL PREBISCH,
PRONUNCIADA EN LA SEDE SOCIAL DE LA
UNION INDUSTRIAL ARGENTINA EL
11 DE OCTUBRE DE 1956



BUENOS AIRES

1956

INVITADO por la Asociación de Industriales Metalúrgicos, el doctor Raúl Prebisch, director principal a cargo de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL (Naciones Unidas), pronunció en el salón de actos de la Unión Industrial Argentina la conferencia que transcribimos. Los conceptos expuestos destacan el papel preponderante que tiene y tendrá la industria en la solución de los problemas que afectan a la economía nacional y la alta versación del disertante los valora en una medida que es ocioso destacar.

UNION INDUSTRIAL ARGENTINA

MUCHO me temo que en la opinión responsable del país no haya penetrado aún del todo la idea cardinal de que no saldremos de esta crisis profunda si no se emprenden ciertas transformaciones decisivas en la forma de producir y en la estructura de la economía argentina. El volver a hacer las cosas como antes, no resolverá nuestros problema fundamentales de crecimiento y convivencia social. Persuadido como estoy de la necesidad ineludible de afrontar este proceso, no he podido ni debido excusarme a la invitación de los dirigentes de esta Asociación para hablar aquí esta tarde, pues aparte de ser para mí muy honroso este gesto y muy sincero el agradecimiento con que lo recibo y acepto, a las industrias metalúrgicas y mecánicas les toca una parte principalísima en el papel dinámico con que la industria tendrá que participar en aquellas transformaciones de nuestra economía.

Precisamente es éste, el papel dinámico de la industria en el crecimiento argentino, el tema sobre el cual me propongo discurrir para destacar la significación e índole de esas transformaciones sin las cuales no podrán eliminarse los factores que están estrangulando el crecimiento argentino. Porque el país ha crecido en escasísima cuantía si se mira el conjunto de los diez años que terminaron en 1955; y considero que un aumento del ingreso nacional de 30 a 40 por ciento es indispensable para eliminar las tensiones económicas, financieras y sociales que comprometen la estabilidad argentina.

No sólo ha aumentado poco el ingreso nacional, sino que se ha distribuido perniciosamente. Por obra de una política equivocada de cambios y precios se ha privado al campo del incentivo a producir y de los recursos para tecnificarse, al transferirse arbitrariamente una parte apreciable del ingreso rural a las actividades urbanas. Si se pudo creer en la primera fase de euforia que esto estimularía la industrialización rápida del país, los resultados posteriores son clara prueba en contrario. Hoy la industria está seriamente contenida por factores limitantes y el más importante de ellos es, precisamente, la consecuencia de esa política: la imposibilidad de aumentar las importaciones de materias primas y obtener los bienes de capital que el país requiere con apremio, no obstante lo cual este año todo indica que el déficit del balance de pagos seguirá siendo de apreciable magnitud.

Es evidente que sin el aumento de la producción del suelo no podrá eliminarse este factor limitante del desenvolvimiento industrial. Para que la industria crezca vigorosamente, tendrá que aumentar antes las exportaciones y para que eso ocurra fué necesario devolver al campo,

mediante el alza de los precios agropecuarios, los incentivos y los recursos de que se le había privado arbitrariamente. Es claro que esta transferencia tenía que reducir el ingreso real de las ciudades, pero sólo en forma temporal, pues el aumento de las exportaciones, unido a la mejora en los transportes y el mayor abastecimiento de energía —en donde están notoriamente los otros principales factores de estrangulación—, permitirá de nuevo que se acreciente el ingreso real de las actividades urbanas, pero no ya mediante el despojo de los productores del campo, sino por el incremento de su propia producción.

Para mejorar los precios agropecuarios, es inevitable reconocer la realidad monetaria: no podía pretenderse mantener artificialmente el valor del dólar cuando la moneda argentina había sufrido internamente una considerable devaluación. La devaluación externa tenía necesariamente que seguir a la devaluación interna. Entre 1935 y 1939 y septiembre de 1955, antes de la devaluación, el nivel de precios en la Argentina había subido en 336 por ciento con respecto al de Estados Unidos, mientras el promedio de los tipos de cambio vendedores en el mercado oficial había aumentado tan sólo en 98 %. Esta disparidad entre la depreciación interna de la moneda y su valor exterior, estaba provocando gravísimos trastornos y la devaluación fué la única forma de corregirla, como ha ocurrido en otros países. Espero que aleccionado por esta experiencia, el país sepa hacer un esfuerzo supremo para no volver a incurrir en una disparidad en el futuro, pues se volvería a privar al campo del estímulo cuyos efectos benéficos son ya bien perceptibles.

Después de un año, sigo creyendo que no había otra fórmula que este reajuste exterior de la moneda. Si bien en uno de mis frecuentes cruces por la cordillera un interlocutor ocasional me preguntó si no hubiera sido mejor rebajar el dólar a unos dos pesos y hacer descender todos los precios en vez de lo contrario. Con todo, reconozco la discreción de esta opinión vertida en privado, en contraste con ciertas ideas que se propalan con notoria publicidad, como aquella muy ingeniosa de subsidiar a los consumidores con el dinero que ya está en circulación pública.

Desde luego, al recomendar la devaluación, no ignoraba que no se trataba precisamente de esas medidas que halagan a la opinión pública. Cuando hace poco más de un año se me invitó a venir al país a asesorar al Gobierno, un amigo de Colombia en donde me encontraba, hombre de sabiduría política y versación económica, con el cual discurrí acerca de las severas medidas que la curación de la economía argentina hacía inevitables, me aconsejó esperar algún tiempo para que no cargara sobre mis espaldas estas graves responsabilidades. Mi deber me aconsejaba seguir otro camino y su cumplimiento no era ciertamente compatible con una fácil popularidad. No la he perseguido y si hoy quisiera hacerlo no insistiría en la necesidad de una política de austeridad y continencia para evitar un nuevo desastre inflacionista.

Dije en su tiempo que por obra de la devaluación el costo de la

vida subiría en un 10 % y los hechos lo han confirmado. Desgraciadamente, nuevos aumentos inflacionarios de sueldos y salarios hicieron subir con posterioridad esta cifra y fué necesario fijar una nueva línea de defensa de los precios. Me inquieta mucho ver que esta nueva línea está aflojando otra vez por exigencias de los aumentos de sueldos y salarios superiores a lo que podría absorberse por el incremento de productividad o por una razonable comprensión de los beneficios de las empresas. El único valor de esta línea es el de actuar como límite, como elemento de contención al alza exagerada de las remuneraciones y si no se le hiciera servir para cumplir este propósito me parecería absurdo pretender mantenerla con un control de precios que, a todas luces, sería inoperante. La inflación es de suyo muy mala, pero es mucho peor la inflación cuyos efectos tratan de reprimirse en esta forma, o mediante la estabilización artificial del valor exterior de la moneda.

No creo, por lo demás, que por medidas monetarias puedan corregirse los efectos de esos aumentos exagerados en los salarios. Si estos aumentos ocurren, es lógico que se acrecienten también las necesidades de capital circulante por parte de las empresas, lo cual requiere un ascenso prudente en el volumen del crédito bancario. Esta expansión no es inflacionaria, sino que representa el ajuste pasivo del crédito a factores de inflación de carácter no monetario como son dichos aumentos de sueldos y salarios. Una restricción del crédito con estos propósitos podría tener consecuencias depresivas y provocar una contracción de la actividad económica y de la ocupación obrera, similar a la que ocurrió con la política restrictiva de 1952 y 1953. Creo que ha sido acertada la decisión del Banco Central de iniciar recientemente el alivio de estas restricciones.

Es notoria la reacción que se está operando en la economía argentina. El producto nacional este año podría superar de 7 a 8 % el del año 1955 y la respuesta evidente del campo al estímulo que se le ha dado, hace esperar para el año próximo un volumen de exportaciones que nos acerque al equilibrio del balance de pagos. Sería muy lamentable que todo ello se perturbe con una reanudación de la espiral inflacionaria.

Pero esta reacción del campo significa apenas el comienzo de un proceso que tardará algunos años en cumplirse plenamente. Antes se trabajaba el suelo mejor que ahora. Pero no basta volver a lo de antes. En el quinquenio anterior a la guerra ya habíamos ocupado toda la tierra fértil productora de carnes y granos: unos 54 millones de hectáreas en la zona pampeana. No hay más tierras como ésta si bien hay mucha otra que, para producir, requeriría grandes inversiones de capital. Es más económico, en esta fase de nuestro desarrollo, aumentar la productividad en la tierra fértil existente mediante una enérgica tecnificación. No obstante la prédica y la acción de algunos técnicos abnegados que han sobrevivido a enormes dificultades, desde la gran depresión mundial del año treinta, la producción agrope-

cuaria argentina se ha ido quedando a la zaga en materia de tecnificación. Y se está malogrando en forma inconcebible la aptitud productiva del suelo. No se combaten las malezas sino en escasa medida; y estimase que, sobre todo en las pasturas, se pierde en esta forma el 30 % del rendimiento; además de ésto, las plagas y pestes, incluida la tucura, significan una pérdida de aproximadamente una cuarta parte del valor de toda la producción, o sea una cifra de cerca de 8 mil millones de pesos. El estado de la genética es también digno de preocuparse. Mientras en otros países se han conseguido fuertes aumentos de rendimientos mediante la investigación de variedades adecuadas, en la Argentina sólo se nota aumentos persistentes de rendimientos en el trigo, en buena parte por el esfuerzo de semilleros privados, que ha sido eficaz pero incompleto; en los demás granos el rendimiento o se mantiene estable o tiende a descender. Ha decaído la práctica de las rotaciones que devolvían al suelo parte de su fertilidad perdida y no se han hecho experiencias valederas en materia de abonos, a los cuales se debe en gran parte el aumento considerable de los rendimientos en los Estados Unidos. Y a la pérdida de fertilidad por el cultivo continuado, se agrega en ciertas regiones el avance impresionante de la erosión, de la eólica.

No es más alentador el cuadro de la ganadería. No han penetrado las prácticas modernas en materia de pastos artificiales, y manejo de potreros que permitan aumentar sensiblemente la cantidad de ganado por unidad de superficie, ni los procedimientos avanzados de nutrición que acortan el período productivo y mejoran el rendimiento. Más aún, ha habido una mayor regresión productiva, puesto que una cantidad considerable de hectáreas antes sembradas con trigo, maíz y otros granos no forrajeros, se han convertido en praderas naturales con mucho menor productividad.

No es, pues, extraño, que con esos mismos 54 millones de hectáreas de tierra fértil en la región de granos y carnes en el quinquenio 1950-55 apenas se haya producido el 76 % del quinquenio anterior a la guerra. Mientras tanto, ha crecido el consumo interno y estas dos tendencias opuestas explican que las exportaciones de este último quinquenio apenas hayan sido el 63 % de las de aquel otro, lo cual significa que por habitante apenas se ha exportado recientemente la mitad de lo que antes se exportaba.

Todos estos problemas del campo, y los de la actividad económica de la ciudad, están siendo analizados por un conjunto de expertos del Gobierno Argentino y las Naciones Unidas, con la más amplia y valiosa colaboración de los funcionarios oficiales así como de dirigentes y técnicos de la actividad privada, entre los cuales me complace reconocer a los de las industrias congregadas en esta Asociación. Espero que nuestro informe, a terminarse en pocos meses, represente un análisis e interpretación imparcial de los hechos, ajeno a toda controversia de carácter político, y que estos análisis de los hechos y de las posibilidades del desarrollo económico argentino, así como de los obstáculos

que se le oponen, constituyan una base adecuada a un programa gubernativo de desarrollo económico.

Pues bien, este grupo conjunto de economistas ha examinado las posibilidades de aumentar rápidamente la producción. Como aquellos 54 millones de tierra fértil del área pampeana no pueden expandirse, habrá que utilizarla mejor. Con tal propósito, se estima que 11 millones de hectáreas dedicadas actualmente a formas muy poco productivas de ganadería en praderas naturales podrán, en unos 8 millones de hectáreas, transformarse en campos cultivados con granos, en tanto que los 3 millones restantes se cubrirán de praderas artificiales que, por su mayor rendimiento, permitirán obtener la misma cantidad de carne que en aquellos 11 millones de hectáreas de pastos naturales. Si ésto se realiza con razonable eficacia, podría elevarse la producción total en cerca de 42 % con respecto al quinquenio anterior a la guerra y para alcanzar esta meta hacia 1960 sería necesario proceder con gran rapidez y energía a dotar al campo, a precios convenientes, de los tractores y repuestos de que hoy carece.

Esta es la acción inmediata, que tendría que acompañarse de una adecuada organización de la investigación tecnológica, cuyos frutos tardarán más tiempo en lograrse. Todo ello, la acción inmediata así como la acción a largo plazo, requiere elegir los mejores hombres del país en estas técnicas y la pronta formación de otros, pues son más bien escasos y hay que darles cuantiosos recursos para que inicien una vasta campaña de divulgación de las mejores prácticas, sin los inconvenientes, trabas y dilaciones burocráticas que han caracterizado la acción del Estado en estas materias. Por ello, me ha reconfortado el saber en estos días que el señor Ministro de Agricultura ya tiene terminado el proyecto de creación inmediata de un Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, que tendrá una gran autonomía administrativa para cumplir estos fines.

En realidad, el trabajo eficaz de la tierra y la intensa explotación del petróleo constituyen las bases fundamentales de la reconstrucción de la economía argentina. Habrá que poner en ello la energía, capacidad y gran fuerza de convicción. Sin esto, sin la comprensión y el apoyo decidido de todo el país y sin la contención de la espiral inflacionaria, esa tarea reestructora podría dilatarse indefinidamente, con impredecibles consecuencias para la vida argentina.

Sobre estos fundamentos tiene que apoyarse el desenvolvimiento de la industria a fin de que ésta cumpla el papel dinámico que le corresponde en el crecimiento argentino. Este papel se presenta bajo un doble aspecto. Por un lado, mediante transformaciones en su presente estructura, la industria tendrá que hacer frente al crecimiento de la demanda avanzando con empuje hacia formas técnicamente más complejas de sustitución de importaciones. Por otro, deberá absorber una proporción considerable del incremento del potencial humano del país en los próximos años.

En cuanto a lo primero, podría argüirse que si el país aumenta

ampliamente sus exportaciones, no habría por qué pensar en nuevas substituciones de importación. Hay quienes van más lejos y creen que con dos buenas cosechas el país podrá normalizar sus compras en el exterior. Es un profundo error. En esa hipótesis optimista acerca del aumento de la producción agropecuaria — a que me he referido hace un momento — las exportaciones correspondientes podrían crecer hacia 1960 en unos 400 millones de dólares por sobre la cifra de 1.000 millones del año pasado. Pues bien, si se logra este éxito y al mismo tiempo se cumplen totalmente los planes de aumento en la producción del petróleo, no habría divisas suficientes para atender el intenso crecimiento de las necesidades normales de importación. En efecto, con un ingreso nacional superior en 40 % al de 1955, las exportaciones normales crecerían con mayor intensidad, en aproximadamente un 65 % según nuestros cálculos preliminares. Las consecuencias de este hecho son evidentes: el déficit del balance de pagos, que tenderá a corregirse en los años inmediatos, volvería a surgir más adelante con dimensiones superiores a las de ahora, si a ello se agregan los nuevos servicios financieros en virtud de la incorporación de capital extranjero. Trataríase, en ese caso, de un fenómeno típico de los países en desarrollo, en los cuales, por motivos que la CEPAL ha explicado reiteradamente, las importaciones tienden a crecer con más fuerza que las exportaciones. Es pues, indispensable, que además de aumentar las exportaciones y explotar más intensamente el petróleo, la industria contribuya con gran amplitud a eliminar el déficit mediante nuevas exportaciones, así como por la substitución de importaciones.

Téngase en cuenta que en el cálculo de este déficit no se consideran las necesidades adicionales de importación exigida y por la renovación de los equipos de maquinaria industrial y de transporte automotor. De la magnitud de estas necesidades dan idea estas cifras: Hemos estimado en unos 1.800 millones en dólares el valor del equipo industrial del país, y de esta cuantiosa suma alrededor de la tercera parte está ya en un grado avanzado de obsolescencia. Las necesidades insatisfechas de camiones se estiman en unas 100.000 unidades, con un valor aproximado de 300 millones de dólares. En tractores, podría, para limitarme a lo principal, calcularse en 50.000 unidades, valuadas en 200 millones de dólares lo que se requerirá para aumentar la producción rural en la forma a que me he referido. Por otro lado, debe recordarse que alrededor del 70 % de los 390.000 automóviles de pasajeros que había en 1954, tiene una antigüedad mayor de 15 años y es notoria la necesidad de una pronta renovación. Estas necesidades, que en parte están comprendidas entre los 1.200 millones de necesidades más apremiantes, según la estimación conocida, hace llegar el total de necesidades atrasadas de bienes de capital, a unos 2.000 millones de dólares.

Esto es suficiente para dar una idea de la índole y magnitud del problema que la industria nacional tendrá que acometer decididamente. Tiene que trazarse un programa progresivo de reducción o eliminación

de ciertas importaciones a fin de que puedan crecer otras importaciones que por ahora resultan insustituibles. No me cabe la menor duda que el país necesita una política franca, persistente y selectiva de protección aduanera en nuevas líneas de la producción industrial.

No quisiera adelantarme prematuramente a las conclusiones del informe del grupo conjunto de economistas. Sólo expresaré mi convicción de que en el campo de la metalurgia y las industrias mecánicas que interesan a esta Asociación, al arrabio y acero común habrá que agregar la fabricación de aceros especiales y aumentar la de maquinarias, motores y equipos para diversas industrias, de maquinaria agrícola, de material para transporte, para petróleo y para gas y abordar también la de grupos electrógenos. En todo esto habrá que proceder con riguroso criterio selectivo, eligiendo aquello que pueda realizarse con mayor economicidad. Extiendo especialmente esta consideración al caso de los automotores. Sucede a veces que el deseo de fabricar intensamente una proporción elevada del valor de cada unidad lleva a costos exagerados. Habrá que mantenerse en límites prudentes y avanzar gradualmente.

Esta nueva fase de la expansión industrial tiene que concebirse y ejecutarse con un criterio de conjunto y un sentido de solidaridad entre los distintos sectores de la actividad económica. Por ejemplo, es comprensible que quienes consideran el problema de los transportes o el del petróleo o los que planean la instalación de un equipo pesado, se inclinen a satisfacer sus necesidades mediante la importación, antes que por la producción interna. Su sentido de responsabilidad les lleva, naturalmente, a buscar soluciones más fáciles y de menor costo, desde el punto de vista de sus empresas. Pero desde el punto de vista del país, en su conjunto, la solución más económica podría ser en muchos casos la de la producción interna, aunque sus costos sean superiores a los de la importación, dentro de límites razonables. No creo que sea inoportuno insistir en este punto de primordial importancia para la industrialización argentina.

Además, esta nueva fase de industrialización plantea problemas nuevos que no sólo conciernen a nuestro país sino a otros países latino-americanos que han entrado o están entrando en ella. Es, pues, conveniente intercambiar experiencias y conocer la opinión técnica de expertos de otras partes del mundo. Con este propósito la CEPAL y la Administración de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, con el patrocinio del Gobierno del Brasil, han organizado una reunión de expertos sobre industrias de transformación del hierro y acero, que espero inaugurar el próximo lunes en San Pablo, en representación de las Naciones Unidas. Creo que estas discusiones técnicas serán de valor positivo para la Argentina.

Por supuesto que la consideración de economicidad dominará en todas las discusiones técnicas y en este sentido espero también que se obtengan algunas conclusiones que puedan orientar la política económica de nuestros países. Estoy persuadido que ha llegado el momento

de explorar seriamente la posibilidad de establecer el mercado común para ciertos productos de las industrias del hierro y acero y de su transformación, así como de otras industrias entre países latinoamericanos que han entrado o están entrando en esta fase de desenvolvimiento. Si cada país pretende hacer por sí mismo todos los productos que su limitada capacidad para importar de los grandes centros industriales le exige sustituir, llegará en muchos casos a costos muy elevados por la dimensión relativamente escasa del mercado nacional. Se impone pues una política de especialización y recíproca complementación y quisiéramos en San Pablo escuchar la opinión autorizada de los técnicos de América Latina, Europa y los Estados Unidos. Es un hecho muy auspicioso que la Comunidad Europea del Acero haya decidido responder a nuestra invitación enviando tres calificados representantes. Su experiencia será sin duda aleccionadora.

Sin embargo, no es en esta conferencia en donde van a analizarse a fondo los problemas del intercambio y la complementación, sino en otra reunión que la CEPAL ha convocado para fines de noviembre en Santiago, en cumplimiento de una decisión de los Gobiernos que constituyen nuestra Institución. En efecto, el Comité de Comercio recientemente creado, iniciará su primera sesión y el temario concierne especialmente al comercio interlatinoamericano. No dudo que la Argentina como Estado miembro de la CEPAL, tendrá un vivo interés en esta conferencia.

Vuelvo a tomar el hilo del tema que venía considerando. He señalado, a grandes rasgos, el primer aspecto del papel dinámico de la industria, en cuanto le toca satisfacer el intenso incremento de la demanda que es dable esperar en los próximos años y contribuir al equilibrio del balance de pagos. Ahora voy a referirme a la función que también le toca desempeñar de absorber el incremento de población activa que se irá incorporando en los próximos años a la actividad productiva.

Ha habido en los últimos años una grave deformación en la manera en que se ha distribuido la población activa del país. Hay un proceso típico en los países en desarrollo, de desplazamiento espontáneo de gente de la producción primaria a la industria y otras actividades urbanas. Para que este proceso se cumpla sin trastornos, es indispensable una activa tecnificación que permita aumentar la producción primaria con un incremento proporcionalmente inferior en mano de obra. Por otro lado, es esencial que la mano de obra así desplazada encuentre empleo realmente productivo en las actividades urbanas. Aquí está, precisamente, el papel dinámico de la industria en este aspecto: absorber una fuerte proporción del potencial humano que el progreso técnico permite extraer de la producción primaria.

En esto está la deformación de este proceso en la Argentina. No habido esa activa tecnificación de la producción del suelo y ese fenómeno de desplazamiento la ha perjudicado seriamente, como bien se sabe. Pero esto no es todo; hay otro hecho igualmente serio en sus

consecuencias: la industria sólo ha podido cumplir en escasa cuantía su función de absorber mano de obra. En efecto, en el decenio 1945-55, el aumento neto de la ocupación en la industria y las construcciones, apenas ha sido de 11 por ciento y aún admitiendo cierto margen de error en las estadísticas oficiales, este bajo porcentaje contrasta con el incremento de 113 por ciento que se había registrado en el decenio anterior 1935-45. Esto es clara prueba de un fenómeno de insuficiencia dinámica. Contrariamente a lo que suele creerse, la industria no ha crecido en forma exagerada: ha crecido mucho menos de lo que debió crecer para cumplir eficazmente su función absorbente de mano de obra y proveer al mismo tiempo de una masa de productos considerablemente mayor de lo que ahora se tiene para satisfacer la demanda potencial de la población.

¿Dónde ha ido esa población activa que la industria no ha podido absorber? Ha ido a engrosar en forma en gran parte superflua la ocupación de lo que se designa por servicios: la administración pública, los transportes y comunicaciones, y el comercio y los servicios personales. Así, pues, en el conjunto de esos servicios hay mucha gente redundante y un descenso muy fuerte en la productividad por hombre. Ha habido un crecimiento a todas luces desproporcionado entre el ritmo con que ha crecido la producción de bienes físicos y la ocupación de gente en esos servicios. En efecto, si expresamos los valores en pesos de poder de compra del año 1950, por cada millón de pesos de bienes, habría 95 personas ocupadas en servicios en 1945 y 135 personas en 1955, o sea que por cada unidad de bienes hay 43 por ciento más de gente ocupada en los servicios.

Reflexiónese ahora en este otro aspecto de esta deformación económica. En esos diez años, en virtud del aumento del capital por hombre, ha aumentado también la productividad por hombre en la industria, aunque en proporción inferior, pues se ha malogrado por descenso de eficiencia una parte del fruto del mayor capital. Pero, por otro lado, buena parte de los efectos benéficos de ese incremento de la productividad por hombre en la industria se ha neutralizado en el conjunto de la economía por el descenso de la productividad en los servicios y también en las construcciones, como es notorio. Esto y el desastre de la producción agropecuaria nos explica por qué el ingreso real per cápita ha crecido de un modo tan insignificante en los diez años a que me he referido.

Hay que corregir este fenómeno en los próximos diez años. Si el país ha de utilizar con creciente productividad los sucesivos incrementos de potencial humano, no podrá seguir aumentando el personal redundante de los servicios. Por el contrario, el exceso tendrá que reabsorberse en dos formas principales: primero, por la disminución del personal a medida que se produzcan vacantes que no sea indispensable llenar, ya sea por razones vegetativas o por desplazamientos deliberados hacia otras actividades; y segundo, por el incremento real de

actividad en todos esos servicios a medida que aumenta la producción de bienes. Si el ingreso crece en 40 por ciento, buena parte del personal superfluo será reabsorbido en esta forma.

En consecuencia, podría afirmarse, en términos generales que hasta que no se corrija esta deformación, a la industria corresponderá absorber el incremento de población activa que en los próximos años no fuera requerido por la producción agropecuaria. Y esta función dinámica deberá cumplirse, tanto en la expansión de las industrias existentes, como en las nuevas industrias que será necesario desarrollar para responder a las exigencias del crecimiento argentino.

En nuestro informe presentaremos algunas cifras para dar una idea de la dimensión de estos fenómenos y su posible orientación. Y aquí sólo quiero agregar en este punto la siguiente consideración: Todos sabemos que hay amplio margen en la industria y las construcciones para aumentar la productividad. Esto significa que estas actividades, además de absorber parte importante del incremento de población activa en la forma que dije, tendrá que reabsorber dentro de sí misma la mano de obra que quedare eliminada por el propio aumento de productividad, ya que las otras actividades no podrán hacerlo.

La industria argentina deberá, pues, resarcirse del tiempo perdido, crecer lo que no ha podido crecer en estos años y avanzar vigorosamente hacia nuevas y más complejas formas, tanto en la producción de bienes intermedios como en los de bienes de capital y otros bienes duraderos, según lo tengo expresado.

En estas nuevas formas se abre un vasto campo a la iniciativa privada extranjera, tanto en materia de cooperación técnica como con el aporte de capital. Esto me lleva a una manifestación personal. Así como se me ha atribuído el propósito siniestro de desbaratar la industria argentina, mientras en otras partes se reconoce que mi prédica insistente ha contribuído a disipar muchos de los prejuicios e incompreensiones internacionales acerca de la industrialización de los países en desarrollo, también se me ha querido presentar en algunas oportunidades en oposición a las inversiones de capital privado extranjero. Hay aquí otra confusión lamentable. Hace algunos días un periodista de Estados Unidos me preguntaba en Santiago de Chile por qué me había opuesto, en mi informe presentado a título personal al Gobierno Argentino, a la participación del capital extranjero en la explotación de nuestro petróleo. Precisamente, porque soy partidario de la inversión de capital privado extranjero, le respondía en forma aparentemente paradójica, y le expliqué mi pensamiento en estos términos: No sólo creo en la libre iniciativa de la empresa privada, sino también en la libre concurrencia; y por eso me preocupan las grandes combinaciones internacionales en que la libre concurrencia se ha restringido seriamente o simplemente ha desaparecido, mientras el capital extranjero que viene en libre concurrencia, se dispersa por el ancho campo de la economía.

Esas grandes combinaciones significan una formidable concen-

tración de poder económico y por ello no deseo que mi país se vea arrastrado a las complicaciones de todo orden que ello trae consigo, Más aún, no me cabe duda que la reacción pública provocada por concesiones otorgadas a esas grandes combinaciones crearía por añadidura una atmósfera muy adversa al otro capital extranjero, al que viene en libre concurrencia a ayudarnos a crear nuevas industrias.

Comprendo muy bien que en países sin experiencia técnica en materia de petróleo y en los cuales su explotación significa gran riesgo económico, se acude al capital extranjero que precisamente por operar en el campo internacional, puede compensar las pérdidas en ciertas regiones con cuantiosas ganancias en otras. Pero no es éste, afortunadamente, el caso argentino, donde se ha probado en otros tiempos la aptitud para producir eficazmente. Hay, pues, que mantener la política tradicional que no es incompatible con la posibilidad de que Y.P.F. contrate ciertos servicios técnicos con empresas nacionales o extranjeras independientes, mediante el pago en dinero de las remuneraciones fijadas por unidad de servicio.

Hay, en la experiencia argentina, otros casos en que esa concentración de poder económico ha conspirado contra el capital privado extranjero que acude en libre concurrencia. Recuerdo, a propósito, que antes de la guerra me fué dado expresar a un importante personero de intereses británicos que, a mi juicio, la existencia de los ferrocarriles en manos extranjeras era un factor persistente de intoxicación en las relaciones nuestras con Gran Bretaña. Y algunos años después, en sucesivas visitas a México, pude comprobar con mis propios ojos cómo después de los primeros trastornos inherentes a la nacionalización del petróleo, pude comprobar, decía, cómo se eliminaba ese elemento de intoxicación que representaban las combinaciones extranjeras y cómo aflúa como nunca, limpiada así la atmósfera, el capital privado extranjero contribuyendo en forma muy notable a la estupenda industrialización del país mexicano.

Pero si reconozco sin reticencias las ventajas del capital privado extranjero que se invierte en libre concurrencia, especialmente en aquellos campos en que viene a complementar y no a superponerse o desplazar la iniciativa privada del país, considero que á ésta hay que estimularla y fortalecerla con todos los medios de que al efecto dispone el Estado. En esto tampoco creo en que todo se resuelve por el libre juego de las fuerzas económicas. Entre esos medios, sólo me referiré aquí al del crédito. Además del crédito industrial corriente, en sus distintos plazos y modalidades, hace falta una organización como la Nacional Financiera de México o el Banco de Desenvolvimiento Económico del Brasil, o la Corporación de Fomento de Chile, que concentre preferentemente su actividad en el financiamiento de aquellas nuevas industrias a que me he referido, de esas industrias que tienen un papel estratégico en la economía y, asimismo, en el financiamiento de la energía y otras formas de capital social; y que desempeña, además, otra función concordante: la de dar o canalizar hacia esas actividades, la coope-

ración técnica nacional o extranjera que ellas requieran en su estudio, planeamiento y ejecución. Ello requiere concentrar el esfuerzo en esas actividades, lo cual me parece incompatible con las tareas diarias de otorgar innumerables créditos industriales y que otra entidad debiera realizar.

Este organismo no debiera reposar sobre bases inflacionarias. Los depósitos corrientes de los bancos, o el crédito que ellos crean, no son medios adecuados de financiamiento de este tipo de inversiones. Hay que acudir al ahorro genuino del mercado mediante emisiones de valores, al recurso impositivo, y, aparte de las recaudaciones de los aportes jubilatorios, espero que, saneadas las finanzas públicas, el crecimiento del ingreso nacional permita al Estado desprenderse de estas recaudaciones y financiar con ellas inversiones como las que menciono, aparte de otras de interés colectivo. También hay que recurrir a préstamos extranjeros que este organismo podría redistribuir a los empresarios del país, ya sea directamente o por medio del sistema bancario.

No he querido terminar esta disertación sin referirme a este aspecto, pues la forma tan escueta en que recomendé esta idea al Gobierno, ha provocado algunas malas interpretaciones, y ningún sitio más indicado que éste para disiparlas.

Acaso he llevado al límite la paciencia de todos, al escucharme tanto tiempo. Espero que tengan la benevolencia de excusarme. Considero que hay que decir lo que dije esta tarde y otras cosas más que el tiempo no me permite ahora. Quienes dedicamos nuestros esfuerzos al sereno análisis de estos problemas, tenemos el deber de hablar clara y enfáticamente acerca de lo que exige la reconstrucción argentina. Hay que salir de la discusión bizantina y especiosa que confunde a la opinión pública y no obstinarse en ignorar los hechos, barajar arbitrariamente las cifras para negarlos o buscar en ellas imaginarios errores. Y hay también que elevar el punto de mira, escapando a la fácil tentación de atribuir el designio de empobrecer a las masas argentinas a quienes se niegan a engañarlas con seducciones inflacionarias. Es un agravio muy fuerte que se les hace al negar a esas masas la aptitud para comprender los hechos, considerándolas irremediabilmente irresponsables.

Hay que hablar a todos, masas y grupos dirigentes, con la verdad cruda. No veamos al país a través del ojo de la llave, un ojo estrecho y mezquino; abarquemoslo en toda la plenitud de sus fuerzas vitales y confiemos en que, libres de las trabas que vienen sofocándolas, ellas pueden llevarnos con trabajo, disciplina y continencia a un incremento del producto nacional que relaje las tensiones sociales, atenúe nuestra gran vulnerabilidad externa y dé nuevamente al país aquella holgada situación en que el tomar capital extranjero es tan sólo una de las alternativas de crecimiento que se le presentan y no el único camino en que hoy lo han puesto los errores y las imprevisiones de una funesta política.

14900

